



GANLINDO
TERRER

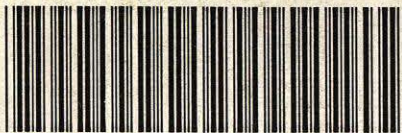
LA

LA FORTUNA

LA FORTUNA

PQ7297
.G354
Qu8

R. C.



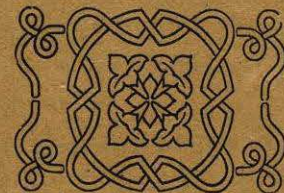
1020028242

LA QUAUHEMOIDA

(LA PRIMERA PARTE)

DE

Francisco Galindo Torres.



88770

GUADALAJARA.

IMP. DE A. ROMAN E HIJOS SUCRS.—P. SANCHEZ

—1912—



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PROLOGO



Digna de todo encomio es la magna labor que se ha impuesto el Sr. Lic Don Francisco Galindo Torres al emprender la composición del presente poema. En efecto, en los tiempos que corren, no sólo en México, sino en el mundo entero, son rarísimos los poetas que tienen la energía suficiente para afrontar la enorme tarea que exige una obra de ésta clase. ¡Es que la lucha por la vida se torna cada día más aguda! ¡Es que, por otra parte, el carácter materialista de la civilización actual se infiltra por do quiera y ejerce notoria influencia sobre los espíritus inclinándolos al mercantilismo!

Merece por lo tanto un sincero aplauso quien se aparta de la común manera de ser; y con el presente poema demuestra a la República Literaria Universal que aún hay en México amantes de lo Bello capaces de cultivar esas flores del lenguaje llamadas versos, en una forma digna de otros tiempos.

Y aún prescindiendo del aspecto artístico, la Quauhtemoida es altamente simpática porque reviste el aspecto patriótico. ¡La Patria! Todo lo que procure enaltecerla honrando de algún modo a los grandes héroes que han sabido cubrirla de gloria, debe ser simpático. ¿Y qué personaje puede encarnar mejor que el inmortal Cuauhtemoc, que Cuauhtemoc el Grande, la expresión del patriotismo en grado elevadísimo?

La figura grandiosamente augusta de nuestro héroe se destaca en los horizontes de la Historia Nacional como un astro de primera magnitud cuyos fulgores pregonan la gloria que para su Patria es capaz de conquistar el mexicano digno de este nombre. Teniendo un Cuauhtemoc de qué enorgullecernos, bien podemos presentar nuestra

Queda asegurada la propiedad
literaria de esta obra, en los términos que establece
el Código Civil.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA 7297
. 6354
A 8

Historia ante los pueblos extraños seguros de que ninguno la podrá superar!

Razón de sobra ha tenido el autor al escoger esa figura gigantesca como asunto del poema, esa figura superior bajo todos conceptos a la de su adversario el aventurero Hernán Cortés. La epopeya de Tenoxtitlan en que llegó a lo sublime el altivo patriotismo del último emperador azteca no le cede en grandeza a la célebre epopeya troyana, ni tampoco nuestro héroe nacional tiene qué temer si se le compara con Aquiles.

Nunca está de más una obra que enaltece las legítimas glorias nacionales; que a su perfume histórico reúne la inapreciable cualidad de ser patriótica, y que constituye una nota de luz por lo sano y por lo honrado en medio de la literatura pornográfica, sucia en el fondo y en la forma, que tan en boga han puesto ciertos escritores.

Y ahora, pasad a las páginas del poema. Demasiado os he entretenido con éste prólogo insulso, que escribo tan sólo por no ofender al autor reusando su bondadosa invitación, aunque bien comprendo mi completa falta de idoneidad, pues para prologar como es debido la obra de un poeta se necesita otro poeta!!!

Pasad, lectores, repito, a los versos de la Cuauhtemoi-da. Encontraréis bellezas que no quiero ni indicaros, porque no soy poeta ni literato, y si intentara hacer la crítica del poema resultaría pésima mi tarea. Mas no porque falte un cicerone dejaréis de hallar lo bueno que la obra contiene, y sin duda al terminar su lectura diréis conmigo: ¡Bien por el Señor Galindo Torres, que ha tenido la suficiente energía y la inspiración necesaria para cantar así las glorias de Cuauhtémoc y enriquecer nuestra literatura con su hermoso poema!

Guadalajara, Octubre 14 de 1912

Manuel Garibi Tortolero.

INTRODUCCION.

Mucho tiempo hace que estoy dedicado á escribir estos ensayos épicos, los cuales se compondrán de veinticuatro cantos. Como mi objeto, al publicar los doce primeros, es someter mi obra al tribunal de la prensa para que ella la juzgue, creo muy del caso publicar también, por vía de introduccion, los estudios que he hecho de algunos puntos literarios (*) que se relacionan con estos ensayos. No los publico por vanidad, no, pues conozco que carecen de mérito, los publico para exponer, por decirlo así, las reglas por que me he dirigido en este trabajo.

Entro, pues, en materia.

1.º

LA EPOPEYA NO DEBE PROSCRIBIRSE DE LA LITERATURA MODERNA.

Cuando, en 1892, publiqué el primer canto de mi

(*) Los criticos de que hablaré despues, censuraron este pasaje, diciendo que llamo *puntos literarios* á los que son únicamente de Retórica. No me parece fundada la censura. ¿Pertenecen rigurosamente á la Retórica la cuestion sobre el metro en que debe escribirse la epopeya y el tratado de la rima? Eso lo dirá únicamente quien ignore la diferencia que existe entre Retórica y Versificación. ¿Pertenecen á la Retórica las disertaciones sobre la acentuacion? ¿No son del dominio exclusivo de la Prosodia? ¿El pasaje en que hablo de las palabras mejicanas, pertenece á la Retórica? Todos estos asuntos (y yo trato de todos ellos), aunque distintos entre sí, son ramos de la literatura, como pertenecen á la Física el Magnetismo y la Meteorología tan diversos el uno de la otra. La verdad es que si esta ocasion anduve errado, mis criticos anduvieron erradísimos

Quauhtemoida, hubo dos críticos (*) que se sirvieron examinarle, lo que, si he de decir verdad, les agradecí. Una obra que es vista con indiferencia por la crítica es seguramente de lo peor, y mis críticos me probaron que mis ensayos no llegan á ese extremo.

Indudablemente uno de estos señores me atacó con acritud. Se notan en su censura cierta prevención y deseos vehementes de encontrar defectos donde quiera. Quien sabe si yo esté equívoco; pero voy á copiar dos párrafos, cuya lectura hizo germinar en mí tales ideas, y mis lectores dirán si ando errado ó no.

«Al saber que un poema épico heroico había salido á luz de las prensas de Don Agapito Ochoa de Zapotlán, no sentí goso, ni admiración, ni entusiasmo: experimenté tan solo estrañeza y asombro.» (**)

Este parrafillo me trae á la memoria aquello que decían los judíos, refiriéndose á Jesucristo: *Qué cosa buena puede venir de Nazareth?* De una manera semejante se interrogaría mi crítico á sí mismo: *Qué cosa buena puede venir de un poblachon?*

«Vasto campo se presentaba al poeta para desarrollar su númen al describir la coronación de Cuauhtemoc, pues no carecen de atractivo, ni de importancia la unción del nuevo dignatario con el *ulli* sagrado, el sacrificio de los prisioneros, ni el momento de señir el *copilli* real y todas las demas ceremonias. Dejó no obstante sin empleo esta oportunidad brillantísima, y su descripción resultó pálida, incorrecta y sin colorido local (***)».

Pero ¿cómo sabe mi crítico que no trato de esas cosas, cuya falta nota? Este cargo debería hacerme únicamente, si ya hubiera publicado toda mi obra, y se notara tal falta. Méenos perdonable es mi Aristarco la ligereza

(*) Los señores Gilberto Jasó y Victoriano Salado Alvarez.

(**) Carta publicada en el núm. 154 de *El Mercurio Occidental* de 19 de Marzo de 1892.

(***) La misma carta.

pero, á decir verdad, ni remotamente llegué á imaginarme que se me atacara por este lado.

Estraña que los enemigos del clasicismo, los que sostienen que el genio puede brillar por distintos caminos, que no hay que atarle al yugo de las exigencias de los preceptistas y de las formas, etc, etc, estraña repito, que los que tales doctrinas profesan sean los que pretenden reducir el número de las composiciones poeticas ó, mejor dicho, el desus clases. ¿Por qué intentan desterrar de nuestra literatura la epopeya? Las leyendas cuando están bien escritas ¿no son leídas con gusto y aplaudidas? Y un poema épico ¿en qué se diferencia de una leyenda sino en que es de más estension?

Don Luis de Góngora compuso una pequeña leyenda titulada *Destierro de Abenzulema*; el romance en que está escrita tiene de cien á ciento dos versos. Supongamos que Góngora, despues de haber compuesto ese romance, hubiera escrito un poema épico sobre el mismo asunto y con igual acierto. Supongamos tambien que aquel poeta escribió en el último tercio del siglo pasado. Ahora pregunto ¿por qué se había de leer con gusto su romance, y no su epopeya? ¿por qué había de agradar su leyenda y no su poema épico? y si este, agradaba ¿por qué proscribirle de la literatura?

Hay más todavía. Si el poema épico no fuera de estos tiempos, no se leerían con sumo gusto, como se leen, *La Iliada*, ni *La Eneida*, ni *La Jerusalem*, ni *El Paraiso perdido*. Si agradan, si se aplauden y celebran es precisamente porque el poema épico no es una antigualla que deba relegarse al olvido, como ahora se pretende.

Habrá, y de hecho hay, muchos poemas épicos malísimos, detestables, y el mío vino tal vez á aumentar el número de esos mamarrachos; pero de este no se infiere que haya pasado la época de la epopeya. Tambien hay comedias y poesías líricas de las que puede decirse con el célebre Moratín:

.....que Apolo al verlas
Padecce gota coral

con que asegura cosas que no sabe, cuanto que el *Canto I.* de mis referidos ensayos épicos acaba así:

..... Todos aplaudieron,
Y hacia el templo mayor se dirijieron

Otro crítico ménos precipitado habría esperado que se hablara de ese templo, y de lo que en él pasó, para ver si se había hecho la descripción de la coronación del monarca azteca, del sacrificio de los prisioneros y de las demas cosas, de cuya falta se queja el señor Salado.

Más imparcial y más cuerdo se mostró mi otro crítico cuando dijo:

«Aunque por el primer canto de un poema es imposible juzgar de todo su valer, aunque principalmente en los épicos, ya muy avanzada la obra, es cuando el poeta puede soltar la rienda á su imaginación, y dejarla correr por el campo sin límites del arte, de la imaginación, de la inteligencia, pues al principio se ve siempre cohibido por la rigidez de las formas, que en la epopeya domina aun el clasisismo intransigente (precisamente porque no es de estos tiempos) á pesar de todo esto, se ve que Galindo Torres ataca el asunto con brío, sienta sobre firmes bases una obra que, no dudó, será fecunda en bellezas. El tipo legendario y cabelleresco del último emperador azteca, y el dulce y melancólico de su finjida consorte, comienzan ya á destacarse y acabarán por ser grandes figuras.» (*)

Mas olvidemos esto para siempre, y tratemos del asunto principal.

La censura ó, mejor dicho, la objecion principal que se hace á mi obra es esta:

El poema épico ya no es de la época.

Hace mucho tiempo que sé que existe una escuela que pretende proscribir de la literatura moderna la epopeya;

(*) Juan Panadero de Guadalajara núm. 20.

Y no por eso hemos de decir que ha pasado la época de la poesía lírica y de la comedia. Razonando así acabaríamos con todos los géneros de las composiciones literarias.

Pero se objeta lo siguiente:

“Cuando la sociedad absorvía al individuo, cuando la noción de pueblo predominaba á la noción de hombre, el poema épico, ya heroico, ya religioso, ya filosófico social, tenía su razón de ser.

En las sociedades modernas, cuando se cree que el individuo es el fin y la sociedad es el medio, cuando al perfeccionamiento del primero se subordinan las conveniencias de la segundo, tiene que dominar la poesía lírica ó sea la filosófica” (*)

Mucho se puede escribir en contestación á las anteriores reflexiones; pero como, por mi situación pecuniaria, estoy en el caso de economizar gastos de imprente, una sola y breve respuesta daré á la dicha objecion.

Quod nimis probat nihil probat se dice en las escuelas, y esto mismo puede decirse en contestación á esa argumentación. Ella acaba con la leyenda, con la tragedia y con la novela tan del gusto del día. Así, pues, mala será una novela que tenga por argumento la ruina del Imperio azteca; y, sin embargo, novelas de esta clase se leen con gusto, y como prueba de lo que acabamos de decir, podemos citar la de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, titulada *Guatemoczin*. Y si las novelas de esta clase son de la época ¿por qué no ha de serlo el poema épico que no es más que una novela en verso?

No hay medio. O es un anacronismo la epopeya; y entónces tambien lo serán la novela, la tragedia y la leyenda que tengan por argumento el de la epopeya, ó aquellas no son un anacronismo, y entónces tampoco esta lo es. Porque si á la manera de ser de la sociedad actual repugna el poema épico, ha de ser cuestion, no de forma, sino de fondo. Lo malo, lo arcaico será, no cantar en

(*) Juan Panadero de Guadalajara núm. 2408 de 3 de marzo de 1892